



Jugar es cosa seria

Por Soledad Rueda
(solescout@gmail.com)

Es curioso olvidar con el tiempo esta poderosa palabra que mueve nuestra vida desde el mismo instante en que somos gestados: el juego, ese que nació con el mundo. Muchos habremos dicho que “la vida es cosa seria”, otros tantos “la vida es un juego”. Me atrevo a decir que el juego y la risa que en ella navegan son cosa seria en la vida. Hemos tomado esta palabra como si crecer significase dejar de jugar. Friedrich Nietzsche en su obra *Más allá del bien y del mal* afirmó “La madurez del adulto significa haber reencontrado la seriedad que de niño tenía al jugar”. Así pues

les invito a recordar la edad brillante en que jugar era cosa seria.

Si indagamos un poco más en esta palabra, podremos encontrar su verdadero poder. Descubrir, por ejem-

Cuando jugamos, la razón ya no es tan áspera, se alía con la risa y el bienestar; somos libres de movernos ligeros, siguiendo un ritmo y armonía naturales que van de la mano con el juego, sin siquiera haberlo pensado.

plo, que jugar en su viva acción no tiene un fin en sí mismo, que no se trata de ganar o perder. Si habríamos de ponerle un objetivo sería “jugar”, jugar por jugar, en su esencia. De ahí que el juego rompa la cotidianidad para transformar con toda su riqueza.

El juego nace con la intención, no solo de distraerse o de divertirse, sino de jugar, como tomar una decisión de viajar sin saber a dónde, ni por dónde, pero sí con la voluntad de hacerlo porque algo nos mueve dentro, un impulso; podría agregar incluso que se trata de escuchar

nuestra intuición. De ahí que el juego se convierta en un medio pedagógico de investigación o búsqueda para aprender. La búsqueda implica una decisión de tomar una vía, herramienta, estrategia o construcción de un material para emprender el viaje.

Cuando jugamos, la razón ya no es tan áspera, se alía con la risa y el bienestar; somos libres de movernos ligeros, siguiendo un ritmo y armonía naturales que van de la mano con el juego, sin siquiera haberlo pensado.

Recordemos nuevamente cuando jugábamos en la infancia y atraíamos imágenes que venían a nuestros ojos cuando jugábamos, solos o acompañados, con o sin juguetes: veíamos lo que ya de grandes hemos dejado de ver, por ello se nos ha hecho difícil comprender el lenguaje de los niños. Ver algo que física o materialmente no está es proyectar, y cuando proyectamos algo que deseamos llamamos las fuerzas internas que nos habitan para lograrlo.

El juego dentro del espacio de la educación formal es considerado un elemento importantísimo del proceso, más hemos olvidado su esencia. Por ello es coherente y leal que en nuestro rol como educadores recordemos y vivamos el juego antes de compartirlo con nuestros niños. La acción de jugar desnuda nuestro brillo, sacando a la luz nuestras destrezas, habilidades y también debilidades.

Entonces se abre la puerta de la creatividad. Y crear, dentro de la

Tomémonos el juego en serio, riámonos en serio, vivamos el juego en serio, recordemos en nuestro cuerpo ese placer y ese don de proyectarnos a dimensiones diversas del mundo.

larga lista que implica ser educadores, es una de las más importantes acciones que nos compete revisar: recrear por ejemplo los métodos de aprendizaje, mover las fichas para descubrir el camino, graficar el mapa del espacio en que nos movemos, redescubrir nuestra vocación poniendo a prueba las estrategias, y estar atentos a las consignas que se van construyendo conforme a nuestro entorno nos lo pide, con la mirada honesta y urgente que exige nuestro mundo.

Juguemos con la confianza de mirar al otro e invitarlo a jugar, accionando lo común, la reunión, el acuerdo, el llamado a crecer conociendo cada vez cómo mover las piezas del ajedrez, pues las emociones que habitan en el juego se asocian con nuestros aprendizajes.

Juguemos con nuestros niños e invitamos a recuperar la esencia del juego a nuestros jóvenes viajando juntos, acentuando que el proceso de educación trata de una retroalimentación donde así como maestros enseñan y niños aprenden, niños enseñan y maestros aprenden a su vez. Preparémonos para jugar con nuestros niños, alistemos la maleta con todo el material posible, y así ellos podrán decidir qué herramienta tomar y accionar, de

acuerdo a una consigna clara, es decir, jugar con ellos, no hacerles jugar.

Cuando niños descubrimos el mundo jugando, y solo así lo conocemos. Tomémonos el juego en serio, riámonos en serio, vivamos el juego en serio, recordemos en nuestro cuerpo ese placer y ese don de proyectarnos a dimensiones diversas del mundo, reconociéndolas a través de la sensibilidad, de esa parte que activa nuestra atención, nuestros sentidos, receptando los estímulos que nos hacen actuar, sacando al exterior nuestros más bellos y recónditos impulsos de vivir, siendo capaces de manifestarlos y de canalizarlos jugando.

Para concluir comparto lo que es el motor que mueve mi vida: recordé lo que es jugar siendo parvularia, y lo revivo y vinculo ahora con el teatro y la danza buscando conectar con una educación integral y crítica. Considero por lo mismo que el juego puede ser también el motor de la comunidad educativa, la palanca que motive a viajar a maestros, parvularios, auxiliares, directores, alumnos, padres y madres a aprender juntos a favor de vivir libres de miedo, de culpa, de la copia, de pesos que no nos copete llevar a cuestas.

Planeemos las estrategias, tengamos claras las consignas, construyamos el material, seamos creativos y transformemos las técnicas educativas alrededor de las cuales podamos aprender jugando, en la búsqueda de un mismo lenguaje, creando y recreándonos.